

CONVERSATORIO 2: Víctimas y resistencias

Marco analítico general

El proceso de victimización no es un objeto de análisis neutro, sino que nos aproximamos a él desde el compromiso político y desde un profundo sentido de la empatía, desde la indignación ética y desde la solidaridad.

Consideraciones generales:

Tomamos partido por las víctimas.

- Esta postura es un ejercicio de humanidad, indignación ética e insobornable solidaridad.
- El sufrimiento humano es criterio de verdad de cualquier visión del mundo y elemento fundamental para comprender la naturaleza del imperialismo.
- Esta actitud indignada combina la atención a los desastres humanitarios causados por las guerras imperialistas y el análisis e implicación política para erradicar las causas.

Desde esta perspectiva, se hace evidente que no hablamos de las víctimas como desviaciones accidentales por un funcionamiento inadecuado de las instituciones (o “daños colaterales”), sino que son el resultado de la mera naturaleza de las cosas; la producción de víctimas y damnificados es un rasgo definitorio del imperialismo.

Dentro de la estrategia imperialista, las víctimas desempeñan multitud de funciones, tanto políticas como incluso económicas:

- Las víctimas pueden ser una herramienta de disciplinamiento interno (ejemplo disuasorio de lo que ocurre cuando se ofrece resistencia).
- Las víctimas pueden ser un instrumento de propaganda y objeto de manipulación mediática (justificación de intervenciones humanitarias).
- Las víctimas pueden suponer oportunidades de negocio (reconstrucción, tráfico de seres humanos, externalización de fronteras, ONGs).
- Las víctimas pueden ser instrumentos de reorganización política (por ejemplo, la actual “crisis de refugiados” sirve para justificar mayor militarización del Mediterráneo y recortes de libertades y alienta la xenofobia en Europa).

La víctima siempre es una amenaza potencial para el agresor, es una prueba de su existencia y le señala acusadoramente, por eso la propia existencia de la víctima debe ser negada, ocultada, minimizada... El proceso de victimización es indisociable de la permanente invención de nuevos enemigos y amenazas, de forma absolutamente arbitraria, que sirven para justificar el ejercicio brutal de la violencia imperialista.

A vueltas con la cuestión del lenguaje

Una parte importante de la discusión gira en torno al problema del lenguaje y a los términos empleados. Es necesario conciliar tres elementos: (1) articular un discurso antiimperialista sólido; (2) apoyar el análisis en el que se funda ese discurso con datos; (3) asegurarnos de que el discurso que articulamos es comprensible.

El problema es que el lenguaje empleado por quienes recaban los datos que vamos a emplear, así como el lenguaje a quienes están habituados los destinatarios de nuestro discurso, es el lenguaje producido por el imperialismo para legitimarse y/o ocultarse.

El imperialismo opera con consignas e ideologemas donde nosotros vamos a forjar conceptos. Muchas veces nuestro concepto y su consigna se corresponden con una misma palabra (por ejemplo, víctima) y por tanto aparecerá la necesidad de disputar los significados y/o de encontrar nuevos términos que permitan diferenciar con mayor facilidad la consigna enemiga del concepto propio.

Como parte de estos esfuerzos se propone ir armando un glosario de términos tóxicos, o venenosos, a los que debamos hacer frente como parte de nuestra actividad.

En el marco de esta discusión también se resalta el papel ambiguo que juegan las NTICs en la forma en la que el lenguaje se construye, se impone, se discute... Las NTICs sin duda alguna facilitan el intercambio de información y agilizan las conexiones entre movimientos de resistencia, pero, empleadas como instrumentos de dominación, son herramientas eficaces para desconectarnos de la realidad, que es lo mismo que privarnos de inteligencia; la desconexión de la realidad, a su vez, incrementa las posibilidades de infundir miedo. Asimismo, hay que mencionar el papel de las NTICs en la extensión de la percepción subjetiva de que “no hay solución”, de que nada se puede hacer; también, de que cada uno, en realidad, no es víctima del propio sistema, sino que le va bien porque puede disponer de recursos tecnológicos y acceso a bienes y servicios que no son para todos. En definitiva, y frente a lo dicho, sólo reconectando con la realidad se puede construir resistencia, y en esa reconexión el lenguaje es importante: nos permite reapropiarnos de la experiencia política de resistencia con la cual contamos y hacer frente al discurso del imperio.

Sea como fuere, en todo caso, batalla del lenguaje no tiene salida si no trasciende a la práctica política. No puede ganarse desde el lenguaje solamente.

En la discusión aparece Cuba, y también se apunta a Palestina, como ejemplos de procesos de resistencia en los cuales, precisamente porque el término “víctima” tiene un componente negativo que puede producir una actitud pasiva y de resignación, se observa un gran esfuerzo por reafirmar la condición de resistentes y por dar a los procesos de victimización una lectura en clave de agresión y respuesta.

Capitalismo e imperialismo

Imperialismo y capital están trenzados en una única dinámica. Esta es una dinámica expansiva y violenta, generadora de víctimas. En torno a la figura de las víctimas, que pueden ser simultáneamente sujetos pasivos de un daño y objeto de criminalización, se articulan tres elementos: la construcción de amenazas (que justifican la dinámica imperialista), la construcción de enemigos (que reproduce la dinámica imperialista) y la guerra permanente (efecto manifiesto de la pervivencia de la dinámica imperialista).

Las víctimas lo son porque padecen un proceso de desposesión. Existe, por tanto, una interrelación entre la lógica de acumulación económica por desposesión, que tiene un peso específico en la actual fase de crisis de acumulación capitalista, y la lógica de desposesión inherente a todo proceso de victimización. Por un lado, la acumulación económica por desposesión supone una agudización del componente violento explícito, bélico, de la dinámica capitalista; por otro, los procesos de desposesión se agudizan, es decir, crece el número de víctimas y se agrava su situación.

La impresión general es que este aspecto del problema hay que trabajarlo con mayor profundidad, y se apunta por ejemplo que sería interesante vincular la evolución del capitalismo (desregulación, crisis del trabajo...) con la transformación de las estrategias de guerra. Sin embargo, también se recuerda que un conversatorio posterior está específicamente centrado en este tema.

De víctimas a resistentes

Construyendo poder: proceso desde las víctimas

- Experiencia, identidad-pertenencia y toma de conciencia.
- Elaboración de un proyecto colectivo de futuro.
- Apertura, regionalización e internacionalización.
- Fortaleza de la organización social y nueva institucionalidad.
- Soberanía.

La victimización pueden dar lugar a una superación de la situación (resistencia y alternativa), o puede devenir en sufrimiento prolongado. Toda forma de resistencia tiene su interés, pero la resistencia antiimperialista es la que además propone una sociedad alternativa: la que resiste construyendo otra sociedad, o mejor, la que construye otra sociedad resistiendo. Esto genera, a su vez, eso sí, una nueva clase de víctimas: aquellas que son agredidas precisamente porque suponen ejemplos de resistencia. Se trata, pues, de una forma de revictimización; otra sería la que padecen quienes huyen de la guerra y se encuentran con todos los obstáculos y el desprecio de las sociedades que suponían de “acogida”.

En el proceso de construcción de la resistencia es esencial, como se decía al hilo de la cuestión del lenguaje, recuperar la conexión con la realidad, y los vínculos sociales reales. Eso significa crear progresivamente las condiciones objetivas de esperanza, que a su vez alimentarán la percepción subjetiva de que hay razones para estar esperanzado. Las víctimas necesitan explicarse su situación (recomponer los hechos) para resistir (recomponer los lazos).

El clamor de las víctimas es en todas partes: verdad, justicia, reparación y no repetición. Para entender en qué consiste este clamor es necesario recurrir a las experiencias concretas, dado que estas reivindicaciones se apoyan en proyectos políticos concretos y de una especial solidez; por ejemplo, en el caso argentino se hace evidente que no se reivindica la justicia en abstracto, sino dotada de contenidos a través de las claves “juicio y castigo” y “ni olvido ni perdón”.

Las ONGs y el proceso de victimización

Un tema recurrente en la discusión fue el de las ONGs, que evidentemente cumplen un papel de primera importancia en el proceso de victimización. Dicho papel, sin embargo, no es el que el sentido común nos llevaría a pensar (asistencia desinteresada a las víctimas cuando son más vulnerables), sino otro muy distinto. De hecho, la intervención de las ONGs no solamente da cuenta de una fase concreta del proceso de victimización sino que, en cierto modo, también es un excelente retrato sobre la lógica que subyace al conjunto del proceso.

De acuerdo con el esquema que viene elaborando el grupo de Víctimas y resistencias, el proceso de victimización y construcción del enemigo se organiza en las siguientes etapas:

En el conversatorio se ha planteado que las ONGs son un producto del neoliberalismo en la medida en que suponen la transferencia a los particulares de la responsabilidad del Estado. Desde este punto de vista, aunque las ONGs intervienen formalmente cuando el proceso de victimización y construcción del enemigo ha terminado, sus efectos contribuyen a la retroalimentación de la propia lógica imperialista, puesto que acentúan los procesos de desestabilización interior y de debilitamiento del rol social del Estado.

En este mismo sentido se apuntan datos sobre la génesis histórica de las bases jurídicas (legislación regulatoria), económicas (financiación pública y privada) y administrativas (proyectos de seguimiento) que garantizan actualmente el sostenimiento de las ONGs. Estas bases son sentadas en los años 80, precisamente cuando la doctrina neoliberal se encuentra en auge. También se apunta que, precisamente por aquellos años, se produce una burbuja de ONGs, entre otras cosas porque potenciales militantes de izquierda se convierten en cooperantes o voluntarios; dicha burbuja fue alentada por las políticas de subvenciones públicas, que luego devinieron dispositivos de control porque la cantidad y grado de concentración de fondos públicos es lo que determina el crecimiento o la merma del número de ONGs activas.

Las ONGs suponen la externalización de servicios públicos de tal modo que donde antes se trataba de garantizar el respeto de determinados derechos sociales ahora se plantean prestaciones de caridad; este cambio mina la legitimidad de las reivindicaciones de igualdad y bienestar. Económicamente, los fondos públicos destinados a las ONGs se destinan fundamentalmente a cubrir su propio mantenimiento; las condiciones de gasto de las subvenciones públicas que reciben las ONGs hacen que, en la práctica, esos fondos no vayan destinados a dinamizar el desarrollo económico de los países con los cuales se “coopera” sino a financiar la economía del propio “donante”.

Las ONGs tienen un alto grado de aceptabilidad social, y son por ello potentísimos instrumentos de propaganda, como se ha podido comprobar, por ejemplo, en América Latina, cuando pretendidas ONGs de defensa de los derechos de las mujeres o de defensa del medio ambiente han aparecido como voces críticas de los gobiernos bolivarianos. De forma similar, las ONGs producen informaciones que contribuyen a construir las amenazas que justificarán después las agresiones imperialistas en el marco de la doctrina de la “responsabilidad de proteger”.